

Mario Levrero para armar

Luis Dapelo

luis.dapelo@gmail.com

[Jesús Montoya Juárez. *Mario Levrero para armar. Jorge Varlotta y el libertinaje imaginativo*, Montevideo, Trilce, 2013.]

Los escritores experimentales que aparecieron en la segunda mitad de los años 60 del siglo pasado cambiaron, sin duda, el escenario literario y rompieron ciertas pautas establecidas por la crítica y por la misma producción literaria. Asimismo, en el Uruguay, esto fue un hecho y confirmó una apuesta por una literatura diferente, escrita a partir de nuevos postulados y nuevas propuestas las cuales relativizaron, desde un cierto punto de vista, lo establecido. La famosa “generación del 45”, corriente que dio un primer impulso modernizador en la literatura uruguaya, fue un movimiento vasto que dejó trazas importantes en el campo literario, no sólo por la producción literaria, sino también por la labor crítica desempeñada. Este movimiento, que tuvo un período de hegemonía, empezó a ser cuestionado por la literatura aparecida en la década bisagra de la literatura latinoamericana, es decir, los sesenta. Jorge Mario Varlotta Levrero, más conocido como Mario Levrero (1940-2004), fue uno de los exponentes de esa corriente de renovación que se extenderá a lo largo de las últimas tres décadas del siglo XX, representando una influencia fuerte y duradera en numerosos escritores posteriores. Levrero es un autor muy original por la vasta frecuentación de géneros y subgéneros en el marco de una literatura experimental y subversiva como la suya, en constante búsqueda formal y de contenidos. Además, las obras del autor uruguayo tienen no ciertas dificultades en ser “clasificadas” como suelen serlo las mejores obras de escritores de valor.

A pesar de ser un narrador con un público de lectores fieles que ha crecido en el tiempo, y con una reputación consolidada, no se puede decir que la crítica haya sido muy pródiga con él, aparte de estudios muy fragmentarios, aparecidos en revistas especializadas. Estas lagunas han sido colmadas, en parte, por *Mario Levrero para armar. Jorge Varlotta y el libertinaje imaginativo*, de Jesús Montoya Juárez, publicado por el sello montevideano Trilce. Más que una obra “orgánica”, este libro es, como su título lo sugiere, una reunión de ensayos que el autor ha dedicado a Levrero a lo largo de los últimos años y que ha “armado” siguiendo sus líneas de investigación.

El primer capítulo, biográfico, nos revela con bastante claridad la personalidad y trayectoria del escritor uruguayo, en una suerte de contrapunto entre vida y escritura. Esto ha sido posible, por una parte, gracias a las entrevistas que Montoya ha realizado a las personas cercanas a Levrero. Cada uno ha dado la versión de un Levrero diferente que también es posible “armar” para tratar de conocerlo mejor. Así, este ensayo nos descubre a un escritor inicialmente humorista que empieza a

existir a través de breves textos publicados en revistas contraculturales como *Los Huevos del Plata* y *Maldoror*, verdaderas espacios que lo lanzan Levrero como autor. Descubrimos a un escritor bastante “sui generis”, poco afecto al “marketing” de sí mismo y de su obra, un hombre que crea su propio mito a partir de él mismo. Todo esto nos sugiere un personaje bastante atípico, sobrio, empeñado en hacer obra sin obsesionarse con una “carrera”; lejano años luz con ciertas mecánicas de algunos escritores, más preocupados por la satisfacción narcisista y mercantil que hacen de su propia imagen y de su papel en el campo literario. Como revela Montoya, políticamente, Levrero estuvo cercano a la izquierda, aunque no ha podido determinar con certeza las dinámicas por las que atravesó en su adhesión o rechazo a la política. El escritor uruguayo no es el único en haberse separado de una militancia política, tan intensa en esa época. Otros también se distanciaron por múltiples razones y coyunturas.

Es interesante notar que Levrero fue un escritor poco “errante”, en el sentido de sus desplazamientos. Más allá de sus estadías en Buenos Aires y un breve viaje a Francia, su vida estuvo bastante centrada entre Montevideo, Colonia y Piriápolis.

En este primer capítulo biográfico, Montoya abunda en cómo la fotografía, el dibujo y el cine fueron acicates en el proceso de construcción de una vocación, en la que pudo más la literatura, a través de la exploración intensa de géneros y subgéneros. Cabe destacar que la cultura popular, la ciencia-ficción, la música popular (el tango y el jazz), la cultura underground ayudaron a formar al escritor y a reforzar su vocación definitiva.

Levrero publicó su primer libro en 1968, *Gelatina*, un relato largo, inspirado en el filme “The Blob” (1958), del que luego renegaría, a pesar que se le considera como “una vuelta de tuerca en la narrativa rioplatense”. Podemos decir que en él ya se notan las características que, según Fernando Aínsa, son una exploración, una mezcla de géneros y subgéneros, una suerte de hibridación entre la ciencia-ficción y lo fantástico. Esto hace de Levrero un autor poco “encasillable” por el hecho de haber trascendido las frágiles fronteras del género. Sin embargo, serán los años 70 los que nos harán ver al escritor con la novela *La ciudad* y *Nick Carter* y los cuentos de *La máquina de pensar en Gladys*.

El ensayo de Montoya reconstruye los hitos principales de una crítica que había notado los cambios que se estaban produciendo en la literatura uruguaya en ese período, que, de alguna manera, se insertaban en el proceso general y en el marco de transformaciones con respecto a la literatura latinoamericana y mundial. El desplazamiento del realismo hacia el experimentalismo de lo fantástico estaba cobrando una notable importancia en la estética de ese período. En la literatura uruguaya se asiste a la polémica de críticos como Ángel Rama y Jorge Ruffinelli que tratan de definir el rumbo que está tomando un nuevo grupo de escritores entre los cuales figura Levrero. Es así como surge la “generación del 69”, rupturista con las formas, descreída y desconfiada con la realidad política y social, que tal vez busca y explora nuevos universos más amplios y menos convencionales. Rama acuña la expresión de “libertinaje imaginativo” y encuentra en *Gelatina* “uno de los ejemplos más libres de imaginación que hayan cono-

cido las letras uruguayas”; mientras que Aínsa trata de establecer una genealogía literaria en Levrero, la cual se remonta hasta el Arlt de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. Jorge B. Rivera halla una “filiación felisbertiana” en las obras de nuestro autor.

Mario Levrero es un escritor que encuentra un terreno fértil para su literatura en el tratamiento, elaboración y exasperación de la imagen y lo lleva a cabo gracias a esa actitud de “libertinaje imaginativo” del que hablaba Rama. El ensayo que reseñamos emplea de manera productiva este hallazgo de Rama, mostrando cómo en Levrero las imágenes son una suerte de potentes recursos en los mundos interiores de personajes laberínticos en los cuales subsiste el caos y la fragmentación. Son signos éstos, de una subjetividad en crisis, en estallido, donde no falta el aspecto de la realidad hostil, demoníaca del mundo exterior. Con estos recursos y con la inserción de lo pornográfico, el espiritismo, la mitología popular y lo parapsicológico, Levrero lleva hasta las últimas consecuencias lo que la literatura había intentado, es decir, una especie de reescritura de lo fantástico. Por ello, la “écfrasis”, objeto de análisis de los capítulos críticos del libro, supone quizás el mejor modo con el que se puede ver en el autor uruguayo la dialéctica y la traducción entre los dos lados de la representación: la verbal y la visual, implicando, asimismo, la búsqueda de una escritura de la esperanza.

Por otro lado, en una obra como *París*, como muestra Montoya en su análisis, la literatura entra ya en otra dimensión en la que su imaginación se acerca a la teoría de los fractales, por un lado, y por otro, posee concentradas las características de las ciudades en la narrativa de Levrero como muestrario o vitrina del espanto, como tal vez “utopías caídas”. De otro modo, ese tipo de especulaciones se dejan de lado cuando lo policial da motivo para una reescritura paródica en *Nick Carter*, creando una afortunada síntesis del fantástico en ese género, según la observación puntual de Jorge Lafforgue. Como sugiere Montoya, Levrero va más allá, subvirtiéndolo el “contrato” y sus prescripciones establecidas por Borges y Bioy. Todos los elementos están puestos en discusión y esto quizás lleve a ver la novela de Levrero como un “neopolicial” o un “falso policial”, o quizás como una apuesta extrema en la que el “libertinaje imaginativo” puede realizar eso y mucho más, sorprendiéndonos y transformando nuestros horizontes de expectativa.

Por lo reseñado anteriormente, a partir de la lectura de este ensayo de Jesús Montoya, la literatura de Mario Levrero es una referencia de cómo lo fantástico, su hibridación, su puesta en discusión ha sido posible, quebrando los límites y avanzando en territorios en los que la imaginación y los recursos creativos del autor han incidido quizás de manera intensa y duradera, alcanzando por momentos la metaficción en constante desarrollo en una nueva era como la de nuestro tiempo.